
La democracia en las revoluciones de liberación nacional

CARLOS VILAS

Argentino, radicado en Nicaragua desde 1980, investigador del CIDCA,
autor del libro Perfiles de la Revolución Sandinista (Premio Casa de las Américas 1984) y de otros estudios sobre la revolución.

En la teoría marxista encontramos dos modelos políticos diferentes que responden a dos etapas distintas del desarrollo social. Un primer modelo, llamado “dictadura del proletariado”, que se caracteriza por la centralización del poder estatal que representaría los intereses del proletariado, con el fin de enfrentar al imperialismo, desarrollar la economía y consolidar el poder obrero en un proceso de transición socialista hacia el comunismo. Un segundo modelo, llamado “comunismo”, que se caracteriza por la descentralización del poder y la disolución del estado en una sociedad sin clases y con abundancia material, lo que hoy aparece como una meta futura de la humanidad.

Digo esto, para aclarar que dentro del pensamiento marxista clásico no existe una contradicción entre estos dos modelos de forma política sino que se trata de reflexiones sobre dos momentos diferentes: el del proceso de transición al socialismo y el de una sociedad comunista.

La Comuna de París es un modelo de descentralización, de un estado avanzado en el cual se produce el proceso de conversión del gobierno de los hombres en la administración de las cosas. Mientras que el modelo basado en la centralización del poder político se relaciona con la necesidad de contar con un instrumento que impulse los cambios materiales, políticos e ideológicos que van a

permitir llegar a la etapa descentralizadora.

Por lo tanto, no debería llamar la atención que la imagen proyectada a escala mundial de la Comuna de París, como el autogobierno de los productores, no forme parte todavía del horizonte real de ninguna de las sociedades socialistas que efectivamente existen en el mundo contemporáneo. De hecho, nos encontramos en una etapa en la cual es necesario aún construir las bases materiales de la sociedad comunista en un contexto internacional de enfrentamientos de un bloque imperialista con los países en vías de desarrollo y con el conjunto de países socialistas. De ahí la necesidad de contar con este poder centralizado.

Esta es una de las críticas que la concepción liberal burguesa de la democracia capitalista plantea a la democracia socialista. Crítica que carece de mayor relevancia y objetividad, pues no hay contradicción alguna entre plantear la disolución del estado y la existencia en las sociedades socialistas de estados centralizados. La imagen de la disolución del Estado corresponde a una etapa mucho más avanzada del desarrollo social que la existente actualmente, y en la que la vida de la comunidad socialista no se vea amenazada por la presencia belicista y agresiva de las potencias imperialistas.

Por otro lado, se observa un contraste marcado

entre el carácter eminentemente superestructural de las distintas variantes de la democracia de las sociedades capitalistas y la carencia de este carácter en las democracias socialistas. Es decir, con mayor o menor amplitud, el desarrollo que ha experimentado la democracia en los países capitalistas es de tipo superestructural, convirtiéndose fundamentalmente en una relación con los aparatos jurídico-políticos, más que con la base material de la sociedad y los procesos de producción y reproducción de la existencia material y cultural de la gente.

Por el contrario, los procesos de desarrollo democrático en las sociedades socialistas ponen el énfasis en la creación de bases materiales de un proceso auténticamente democrático, así como en la reincorporación de procedimientos y de instituciones desde la base misma de la sociedad.

De hecho, el proceso de democratización del conjunto de la vida social en algunas sociedades socialistas, parece estar más avanzado en el plano socio-económico y en la esfera de la producción

que en la proyección institucional, jurídico-política, de esas mismas sociedades.

Esta hipótesis podría explicar ciertos problemas de tipo político, como por ejemplo las intensas movilizaciones contestatarias que se han dado en algunas sociedades socialistas de Europa; principalmente, en aquellas que antes de acceder a la etapa socialista actual habían pasado, por razones históricas, por distintos niveles de desarrollo de formas de democracia burguesa o democracia constitucional política.

El problema en los países subdesarrollados es que esa expresión superestructural de democracia, tal como se presenta en el pensamiento político de los países capitalistas, tampoco ha existido. Las diversas manifestaciones de la dominación imperialista, la dependencia y el atraso llevan aparejado la institución de formas políticas autoritarias y represivas, que son el correlato y el modelo institucional de reproducción de estos mecanismos de explotación social y de opresión internacional de tipo imperialista y neocolonial.



Anastasio Somoza García y Franklin D. Roosevelt firmando el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación en 1938.
Foto: Archivo Histórico IES.

Cuando en ciertas coyunturas políticas hubieron movimientos políticos de profunda raigambre popular y de proyección revolucionaria que lograron romper ese monopolio sobre el poder político, ejercido por las clases dominantes, y acceder a través de la democracia representativa al ejercicio del poder político, para impulsar algunas transformaciones sustantivas de la sociedad, el propio sistema de dominación se encargó de poner fin a estas experiencias democráticas, recurriendo al uso de la violencia y la represión.

Esta experiencia histórica, tanto en los países de América Latina como en Asia y Africa, ha incidido mucho en el pensamiento político y en la práctica política de la izquierda. Por esta razón es que se ha caracterizado a la democracia "política" como un instrumento de las clases dominantes para reproducir de una manera un poco sofisticada su dominación de clase, o bien se ha enfatizado la debilidad de las instituciones democrático-representativas para viabilizar cambios profundos en la sociedad.

El pensamiento político de izquierda señala que en América Latina y en los países del tercer mundo existe una incompatibilidad entre la democracia representativa y la posibilidad que pueda tener un movimiento revolucionario de impulsar transformaciones de clase profundas en dichas sociedades.

El ejemplo más reciente y más trágico en América Latina es el fracaso del gobierno de la Unidad Popular en Chile, en donde la propia institucionalidad demócrata-burguesa se encarga de parar los intentos reformistas de la Unidad Popular y, finalmente, cuando las fuerzas quedan trabadas en un empate antagónico, interviene el ejército como poder de clase para romper la propia legalidad y

dar paso, a través de una sangrienta represión, a una de las experiencias más retardatarias en la historia reciente de América Latina.

Las revoluciones triunfantes del tercer mundo, tomando en cuenta la experiencia de Chile así como las limitaciones de la democracia para viabilizar cambios sociales profundos, no se han preocupado en general por institucionalizar o por tratar de incorporar procedimientos democráticos representativos que se conjuguen con los mecanismos de legitimidad revolucionaria existentes en las diferentes sociedades.

Por el contrario, las revoluciones sociales triunfantes plantean el énfasis en la dimensión material básica de los procesos de democratización. Lo que caracteriza la participación política de la gente es la creación de un sistema de mediaciones en virtud de las cuales se da la participación en las líneas políticas y en las grandes tareas de manera indirecta. La participación directa se encamina hacia aspectos de tipo sectorial, reivindicativos, o hacia aspectos inmediatos de la vida de la población, y va subiendo de nivel en la institucionalidad revolucionaria a través de una serie de mediaciones.

La experiencia de la Revolución Popular Sandinista es muy interesante, porque posiblemente es el único caso en la historia de las revoluciones populares de liberación nacional de los países del tercer mundo, en donde un poder revolucionario triunfante apoyado en una profunda legitimidad revolucionaria va a conjugar dicha legitimidad incorporando la posibilidad de una oposición política a la misma revolución, a través de un proceso de institucionalización muy rico.